

cara principal del yugo es la *Omecihuatl*; (1) por tener los ojos cerrados, en representación de la muerte, es aquí especialmente *Mictlancihuatl*. La figura aparece en el yugo como acostada sobre el vientre, y se extiende por ambos lados. Se ve de cada lado un brazo tendido con la mano cerrada empuñando un báculo. En las pinturas jeroglíficas muchas veces se observa á las deidades astronómicas con báculos en las manos, sin que hasta ahora hayamos podido comprender exactamente su significado; pero claro es que aquí también se refiere á algún signo astronómico, tanto más cuanto que de él sale una flecha ó rayo de luz, y tiene á los lados signos de la palabra. En las manos están perfectamente determinados los dedos, las uñas, las palmas y las pulseras. Sigue el cuerpo, y de él se desprenden las piernas con ajorcas, y terminan en garras, como las de *Coatllicue*. El todo, pues, representa á la deidad creadora vía-láctea.

Pero en los dos brazos del yugo hay una particularidad que los caracteriza: en ambos, entre las manos y las piernas de la figura principal, hay en cada uno un *Acatl*. Ahora bien: de los cuatro signos cronográficos el *Acatl*, con referencia á los elementos, representa el agua. Como *Tlaloc* era el dios del agua, esto bien expresa que en los brazos ó ramales de la vía-láctea estaba el *Tlalocan*: lo cual se confirma con los dos rostros de la parte inferior de los dos brazos, pues además de tener por tocado un *Acatl*, llevan á su lado, debajo del signo de la palabra, los dientes de *Tlaloc*.

Por lo tanto, la parte exterior del yugo nos da, como la misma vía-láctea, en su parte superior el *Mictlan* presidido por *Mictlancihuatl*, y en sus dos brazos ó ramales el *Tlalocan* significado por el elemento agua.

Examinemos ahora la parte superior del yugo, á ver lo que nos revela. En ella leemos desde luego la solución definitiva del problema que nos ocupa. Coronan la figura del centró dos signos de la palabra, y debajo de ellos hay dentro de dos cuadrados dos rayos de luz, y salen de éstos los dos *Xipe* de que ya hemos hablado. Se trata, pues, de una deidad creadora. Debajo se ve dos ojos á manera de estrellas con puntos dentro, y entre ellos los cuatro dientes de *Tlaloc*, los cuales aquí tienen una depresión en su parte superior, igual á la que veremos en los de la cruz de Teotihuacan. Esto nos dice que el yugo representa á la deidad creadora *Tlaloc*; y como la parte externa de él nos ha dicho que representa á la deidad creadora *Mictlancihuatl*, resulta que ambas son sinónimas, y ambas son nombres de la vía-láctea.

Esta manera de figurar á *Tlaloc*, nada más con los ojos y los dientes, es común en las pinturas jeroglíficas. Nos bastará citar la página 74 del Ritual Vaticano, en donde está representado únicamente con los dientes y sobre ellos un círculo, el ojo ó anteojo del dios.

El resto de la parte superior del yugo se compone de varios relieves con algunas estrellas, y entre ellos algunos hundimientos, que acaso signifiquen las oquedades de la vía-láctea. El yugo del Museo representa una culebra informe con lengua bifida, y tiene también oquedades en las ramas de los brazos. Ya hemos visto cómo la *Coatl* era uno de los símbolos de la vía-láctea.

Si comparamos la figura esculpida en la parte superior del yugo con la del *Tlalocan* labrado en el fondo de la urna cineraria del Museo, (2) nos sorprenderá desde luego su semejanza. Los dos mismos círculos con puntos formando los ojos, debajo

(1) En las narices, de ventana á ventana, tienen las tres caras un taladro curvo, el cual servía sin duda para colgar alguna joya alusiva. Acaso era la pirámide inversa, símbolo de *Omecihuatl*. Es de sentirse la desaparición de esos adornos, pues habrían completado la identificación de la deidad representada en las caras del yugo.

(2) El Sr. Peñafiel y yo creímos que esta urna era la cineraria de Ahuizotl. El Sr. Troncoso, en el Catálogo de la Exposición Mexicana en Madrid tantas veces citado, probó nuestro error, pues

de ellos los dientes simbólicos de la deidad, y todo sobre un plano más hundido, como si fuera reducción del rostro. La diferencia entre ambas está en el tocado. La máscara de la urna lo tiene formado por una espléndida diadema de plumas y estrellas: la del yugo por rayos de luz, signos de la palabra y *xipeme*; pero ambos dan igual significación teogónica y astronómica. En la frente de la máscara de la urna del Museo hay ocho círculos, que faltan en la del yugo; pero en éste están repartidos tres á cada lado en los dos brazos, y dos por ojos. No hay, pues, ya ninguna duda: el *Tlalocan* estaba en la vía-láctea.

La representación simultánea en el yugo, del *Mictlan* y el *Tlalocan*, así como su colocación en la vía-láctea, corresponde perfectamente á las ideas teogónicas de los nahuas. La *Omecihuatl* era al mismo tiempo la creadora y la destructora; quien daba la vida y daba la muerte: por eso en la parte norte estaba el *Mictlan*, lugar de la muerte, y en los ramales el *Tlalocan*, lugar principalmente de vida y de placeres. Por eso también el himno á *Tlaloc* dice: «Mis padres toman por la cabeza á los tigres y á las serpientes: en el *Tlalocan*, en la casa verde, juegan á la pelota.» Los padres eran los dioses astronómicos, y el juego de pelota era simbólico del movimiento de los astros. Era, pues, el *Tlalocan* una especie de Olimpo de los dioses nahuas: no el lugar de inmortalidad de los hombres, como malamente han querido hacer creer, ó han creído de buena fe los viejos cronistas, y con ellos algunos historiadores preocupados.

Hablando del yugo del Museo dice su antiguo Director, el Sr. Gondra: (1) «El último (de varios objetos antiguos que va describiendo) es una especie de arco, procedente también de la primera expedición de Dupaix, y que con otro semejante fueron conducidos á este establecimiento de la ciudad de Orizaba. Al describirlos en su lámina V, dice: «que son de jaspe verde claro, que su escultura manifiesta un alto relieve, trabajado con mucha prolijidad y simetría, y cada uno separado tiene cerca de vara de alto, y media de ancho; su figura es algo ovalada y reunida por sus extremidades, formando una especie de óvalo prolongado. Es dificultoso en las obras de esta nación mexicana poder acertar en muchas sobre su legítimo uso, y aun la esplicacion material de sus contornos, por ser de una clase original. Es necesario el recurso de la delineacion de ellas, cuya vista satisface más que las descripciones más prolijas.»—Al anotar los Sres. Baradere y Saint Priest este precioso monumento, dicen que su forma singular semeja á una puerta triunfal, que estaría decorada de hojas de opuncia y de otras plantas del país esculpidas en relieve. Dupaix habia dicho que se parecía á otros, hechos por los japoneses en jaspe verde claro, y cuya altura era de tres piés; pero en su opinión no podrá ser de jaspe ni aun de jade, porque hasta ahora no se han visto trozos tan voluminosos de esta materia, para hacer esculturas de tres piés de altura, por lo que calcula que será mas bien de granito verde ó de serpentina, cuya materia se conoce bajo el nombre de ophitas. En efecto, así es la verdad, los arcos de que se trata son de pórfido verde, el uno claro y el otro oscuro; pero además hay en el Museo otro, que sin estar tan bien labrado, presenta la misma configuración, habiendo sido traído de Chiapas. En cuanto á su uso, los editores mencionados aseguran que no puede ser conocido para ellos, pero que podría suponerse, sin aventurar mucho, á la verdad, que son una especie de caballetes, con los cuales se estendían las víctimas designadas que se sacrificaban á los dioses. Se colocaba este caballete sobre

habíamos tomado por el signo jeroglífico de aquel rey de México, una figura que, estamos convencidos, es la del *Cipactli*. Pero el Sr. Troncoso acepta nuestra clasificación de *Tlalocan* para la máscara esculpida en el fondo de la urna.

(1) Explicación de las láminas pertenecientes á la Historia antigua de México y á la de su Conquista, que se han agregado á la traducción mexicana de la de W. H. Prescott, publicada por Ignacio Cumplido, página 85.

los riñones de la víctima, de manera que el pecho estuviese dando la vista al cielo, la cabeza inclinada al lado del altar, y las piernas colgando del otro lado. Entonces se abría el pecho á la víctima para sacarle el corazón y presentarlo al ídolo, en cuyo honor se hacía el sacrificio. Todos los historiadores que han escrito sobre la conquista de México, están de acuerdo en haber visto estos caballetes ó arcos en los lugares destinados á este uso, y que eran de piedra dura y verde. «Mas adelante, dice D. Antonio de Solís, se elevaba á cinco piés de altura, una piedra verde tallada, en donde se estendía sobre el cuello del infeliz que debía servir de víctima, á fin de abrirle el pecho y sacarle el corazón.» Si esta conjetura sobre el monumento de que tratamos no parece fundada, sería preciso recurrir á la idea de que fuese un objeto puramente de diversion.—Aunque las razones alegadas no prestan fundamento para creer muy cierta la conjetura de los Sres. Baradere y Saint Priest, puesto que los originales solo tienen quince pulgadas en su mayor altura, lo que dista mucho de los tres piés de los arcos japoneses y de los 5 piés que dice Solís; con todo, el no haberse encontrado esta clase de arcos sino en México, Tlaxcala, Orizaba y Chiapas, y en tan corto número, podía hacer verosímil que su destino fuese esclusivo de los grandes templos.—Es digno de notarse que estando perfectamente pulidos por todas partes, y aun labrados en sus piés, solo se halla sin pulimento la parte interior, acaso para oprimir mejor los riñones ó el cuello de la víctima. Un vecino de Tlaxcala me ha ofrecido remitir un arco semejante, y en el Museo del ex-conde del Peñasco hay otro, únicos que han llegado á mi noticia que hasta ahora se hayan encontrado.»

Hemos querido reproducir íntegro este relato del Sr. Gondra, porque en realidad es el primer estudio sobre tan raras y curiosas piedras. Su forma, semejante á la de los yugos con que se unce á los bueyes, ha hecho que se les llame vulgarmente con el mismo nombre.

Tales ideas se generalizaron, y tanto el Sr. D. Fernando Ramírez como el Sr. Orozco las aceptaron. Éste, en su Historia antigua, dice: (1) «Preparada la víctima segun las prescripciones del rito, cuatro de los oficiantes la tomaban de los brazos y piernas, y alzándola en alto la colocaban de espaldas encima del *techcatl*; el quinto ministro le ponía sobre el cuello una collera de madera (esta pieza llamada por los autores collera y el yugo, era de madera ó de piedra, labrada curiosamente y en forma á veces de culebra) á fin de tener colgante la cabeza, y tal vez para hacer refluir la sangre hácia el pecho.»

Yo, en mi Historia antigua de México, digo: (2) «Cuatro *chachalmeca* embijados de negro, con las cabelleras revueltas, ceñidas las cabezas con unas vendas de cuero y sobre la frente unos pequeños *chimalli* de diversos colores, y con trajes blancos bordados de negro, llamados *papaloquachtli*, tomaban á la víctima por los pies y las manos, y la echaban de espaldas sobre el pequeño plano formado por la punta del *techcatl*, con lo cual le quedaba levantado el pecho, y se hacía más fácil el abrirlo y arrancarle el corazón: el quinto *chalmecatl* con igual traje, ponía en el cuello del sacrificado el yugo, cuyo peso hacía levantar más el pecho, y produciendo la asfixia disminuía los sufrimientos de la víctima. En esta postura sobre el tajón, que tenía como un metro de alto, era tan fácil el sacrificio, que Durán dice que en dejando caer el cuchillo encima del pecho, con mucha facilidad se abría un hombre por medio como una granada. El sexto sacrificador era reverenciado como sumo sacerdote, y su nombre y traje variaba segun las solemnidades: su vestido era generalmente una manta roja á manera de dalmática con fleco verde por orla, una corona con ricas plumas

(1) Tomo I, página 157.

(2) Página 751.

verdes y amarillas en la cabeza, orejeras de oro con esmeraldas, y bezote de piedra azul. Este sexto sacerdote era quien con el cuchillo de pedernal abría el pecho á la víctima, y arrancándole el corazón con ambas manos, lo levantaba con la diestra ofreciéndole el baho al sol, y después en lo general se le arrojaba al dios á quien se hacía el sacrificio, si bien otras veces se llevaban los corazones al *cuauhxicalli*, segun hemos visto, y á ocasiones los comían los sacerdotes.»

El Sr. Troncoso se ha separado de la opinión general, y al describir los fotografiados de los objetos del Museo, presentados en la Exposición colombina de Madrid, dice: «YUGO DE PIEDRA cubierto de hermosos relieves que representan grecas. En la descripción del cuadro XII, Sala II, he dicho ya que, á mi entender, eran estos objetos piedras penitenciales.» (1) En efecto, describiendo el Códice Colombino, escribe: (2) «En la faja 54 de la página XIX hallamos vehementes indicios de uno de los destinos á que se consagraban las piedras conocidas con el nombre de yugos, y que á mi entender no eran más que piedras penitenciales; idea nueva que someto al examen de los inteligentes, pues aun cuando ciertos objetos semejantes á los yugos se vean también sobre el cuello y la cintura en algunas figurillas mayas y tuztecas, y en el códice «Colombino» parezcan servir sólo de respaldo á los penitentes, podrá ello significar que en aquel caso estaban en uso y en el otro no.» Naturalmente en el Museo pasan ya los yugos por objetos de culto nada más.

Creemos que el Sr. Troncoso se preocupó con la pintura citada del Códice Colombino; y ni siquiera nos parece ver en ella representado el yugo. Se trata de un asiento á manera de cama con dos respaldos: los dos tienen forma de arco; el más pequeño queda detrás de una figura sentada; y junto al mayor, del tamaño de la mitad de la figura, están dos piernas rojas con pies amarillos. En esto solamente vemos un simbolismo astronómico, y nada de penitencia. Las penitencias que hacían los indios, atravesándose puas de maguey ó pajas, están representadas de modo muy distinto en el Códice Mendocino. Además: la altura del arco, que aquí es tan sólo un adorno del asiento, es tal, que por lo menos nos daría cuatro veces la de los yugos, pues todos los conocidos son poco más ó menos del mismo tamaño. Debemos, pues, juzgar, como dijimos, una preocupación del Sr. Troncoso tal idea.

Pero todas las novedades encuentran prosélitos; y segun nos han referido, un escritor americano ha sostenido últimamente que los yugos eran objetos de culto que se guardaban en los templos, se sacaban en procesiones, y eran además representación de las partes genitales de ambos sexos; y al yugo le da el nombre de Piedra sagrada de los mayas. No conocemos su obra, y únicamente de ella hemos tenido referencias.

De estas opiniones admitiríamos fácilmente que los yugos se guardaban en los templos: sin duda se les colocaba horizontalmente, como se infiere de tener la parte inferior sin labrar, sobre un pedestal de 5 pies de altura, segun dice Solís, pues á éste se refiere y no á la altura del yugo, como creyó el Sr. Gondra. Verosímil es que sacaran el *Quechytell* en procesiones, dada su significación teogónica y astronómica. Bien puede representar el *Xipe* por su forma, y la vagina en su oscuridad. Pero de todo esto no se infiere que su principal empleo no haya sido el colocarlo en el cuello de la víctima durante el sacrificio.

De ésto hay pruebas concluyentes. Primera: su nombre, pues *Quechytell* significa piedra del cuello. (3) Segunda: las pinturas jeroglíficas. Citaremos dos únicas

(1) Catálogo cit., tomo II, página 418.

(2) Id., tomo I, página 59.

(3) Recordemos la palabra del himno á *Tlaloc*: *teiscalliquetl*. *Izcalli* es la casa de luz, la misma vía-láctea, y *te* y *que* las raíces de piedra y cuello. La paráfrasis de esta voz compuesta sería: la piedra del cuello que representa á la vía-láctea.

mente, pues son bastantes para nuestro objeto. Una es la de la lámina 4.^a del tratado 2.^o del P. Durán. Allí se ve materialmente al sacerdote que pone el yugo en el cuello de la víctima. Durán, explicando esta pintura, dice: (1) «le hechaua la collera á la garganta.» La otra pertenece al Códice Ramírez. Dice el texto: (2) «el quinto destes ministros le echaba el collar á la garganta;» y en la lámina respectiva así se ve, con la particularidad de que la collera tiene la forma de culebra bicípita, una de las representaciones de la vía-láctea. Tercera: esta es concluyente, pues en el yugo de mi colección se ve la sangre de los sacrificados, la cual ha penetrado y está imborrable en la parte blanca, sin duda por ser la más blanda de la piedra.

Además, esto era perfectamente lógico. Los dioses creadores habían hecho al hombre, y como al mismo tiempo eran los destructores, ellos recibían á la víctima y concurrían á su muerte: el dios creador representado por el *Xipe* del *techcall*, y la diosa creadora por el yugo. Así todo resulta armónico en la teogonía nahua.

Ahora bien: el Dominicano Ríos, interpretando la lámina 23 del Códice Telleriano-Remense, dice: (3) «*Tamoancha* ó *Xuchitlycacan*.—Quiere dezir en romance, allí es su casa donde avaxavan y donde estan sus rosas levantadas.—Este lugar que se dize *Tamoancha*, ó *Xuchitlycacan*, es el lugar donde fueron criados estos Dioses que ellos tenían, que así es tanto como dezir el Paraíso terrenal; y así dizen que estando estos Dioses en aquel lugar, se desmandavan en cortar rosas y ramas de los arboles; y que por esto se enojó mucho el Tonacateutli, y la mujer Tonacacihua, y que los echó de aquel lugar; y así venían unos á la tierra, y otros al Infierno, y estos son los que á ellos ponen los temores.» A reserva de tratar en su oportunidad de la importantísima fábula de la echada de los dioses, llamaremos ahora la atención sobre la circunstancia de haber sido el *Tamoancha* el lugar en que fueron creados, pues ya sabemos cómo sucedió ésto en la vía-láctea. Encontramos además llamado Paraíso el *Tamoancha* como el *Tlalocan*, lo cual en nuestro concepto los identifica. Rémi Siméon, en su Diccionario, (4) traduce la palabra de la siguiente manera: «TAMOANCHAN, s. Especie de paraíso terrestre que se coloca generalmente en las regiones septentrionales de México, y de donde vinieron los Aztecas. Sahagún dice que *Tamoanchan* es una alteración ó un equivalente de la expresión *tic-temoa ochan*, «buscamos nuestra casa.» Aquí vemos á la leyenda procurando confundirse con la teogonía; pero reconociendo siempre la igualdad del *Tamoanchan* y el *Tlalocan*. La etimología dada por Sahagún resulta, pues, inaceptable. Nosotros creemos *Tamoanchan* palabra de alguna lengua del sur, ó voz híbrida introducida en el mexicano.

La pintura del Códice Telleriano-Remense á que se refiere el Dominicano Ríos, nos va á dar mayor luz. Está en la página 23, y es un árbol florido. La circunstancia de estarse quebrando y manando sangre, simboliza un mito del cual aun no es tiempo de que tratemos. Ya vimos atrás, cómo el árbol florido había sido la metamorfosis de la vía-láctea *Cuetzpalin*, metamorfosis consignada en la página 14 del Códice Borgiano. Pues bien; ese mismo árbol florido, enteramente idéntico, con su boca de la garto por raíz, aparece quebrado y sangrando en el centro de la página 24 del mismo Códice, y en su parte superior izquierda está el mismo, enhiesto, rodeado de la culebra roja y azul con signos de la palabra, que es la vía-láctea, y tiene por raíces los dientes de *Tlaloc*. Todo concurre, pues, á demostrar lo antes dicho: *Tlaloc* es una de las deidades representantes de la vía-láctea, y el *Tlalocan* estaba en sus ramales.

(1) Historia de las Indias de Nueva España. Atlas y tomo II, página 94.

(2) Lámina XXIII, y página 101 del texto.

(3) Tomos I y V del Kingsborough.

(4) Página 389.